

Los Libros

«EL PURGATORIO», novela de *Gonzalo Drago*. (Editorial Nascimento, 1951.)

Gonzalo Drago ensaya un nuevo género literario: la novela y triunfa en él tal vez con mayor éxito y seguridad que en el cuento y en la poesía, sus géneros preferidos hasta ahora.

En efecto, «El Purgatorio», su reciente novela, publicada por Editorial Nascimento, es una lograda obra de arte no obstante haber obtenido el Primer Premio en el Concurso literario anual de la Sociedad de Escritores de Chile.

Original en el tema, maciza y firme en su urdimbre dramática, «El Purgatorio» nos muestra a un escritor en pleno dominio de sus elementos creadores.

La voz de «Cobre» aparece aquí más recia, más libre, más artística y, sobre todo, más profunda. Pero es la misma voz varonil que protesta contra las cadenas tendidas por los hombres para entorpecer la marcha de otros hombres, hacia la superación.

«El Purgatorio» cuenta el servicio militar obligatorio, acidulado por jefes negreros que quieren hacer

de la juventud una recua de animales domeñados, atentos sólo a las órdenes y gritos de los superiores del momento.

No conciben la enseñanza esos militares, criticados con justicia por Gonzalo Drago, sino a empujones, castigos y golpes deprimentes...

«—¡Toma el paso, animal!—ruge el sargento instructor con un gesto feroz. —Este es el jovencito enfermizo. Yo te voy a enseñar a marchar, boquiabierto. En mi escuadra no quiero maricas que se deshacen con el agua tibia»...

Con arte y sabiduría, el novelista colchagüino, nos hace vivir su «Guardia» y sufrirla intensamente... Sargentos duros, incultos; oficiales encaramados en altas torres de jerarquía tiesa, inhumana, desfilan por las páginas de «El Purgatorio» dejando una huella de injusticia y de torpeza.

También hay oficiales suaves, comprensivos, sensibles a la realidad individual, que ven en sus subalternos hombres distintos, con capacidades diferentes, con diversas maneras de reaccionar en la vida, y que respetan esas diferencias.

No se puede decir con honradez, que la novela de Gonzalo Drago vaya contra nuestro Ejército. Los que tal afirman no son más que patrioteros espectaculares, chillones de oriflama y desfile que quisieran eternizar lo negativo que aún queda en la enseñanza militar obligatoria.

«El Mayor es un soldado sencillo, cordial a pesar de su apariencia austera y jamás se deja llevar por la cólera. Nadie lo ha oído gritar o alterarse por razones de servicio. Es un verdadero militar, es decir, un hombre uniformado que no se ha erigido en amo ni se arrodilla ante sí mismo»...

Así define Drago a un militar, a un verdadero militar, y después de escucharlo es inoficioso insistir sobre lo discutido arriba.

Mientras transcurren los meses de cuartel y comenzamos a odiar al sargento Neira o al capitán Pineda, el autor nos presenta a sus compañeros de infortunio; nos cuenta sus vidas dispares; nos señala el mar en bellas imágenes. El mar que siempre está presente en la obra como fondo de grandeza, como música lejana y majestuosa.

Matices de delicada poesía ponen luz y atemperan a ratos el oscuro e inhóspito ambiente cuartelario. «Me saturé de optimismo frente a la inmensidad del mar. Me cautiva su fuerza de toro provocado, de potro indómito que curva su lomo vigoroso para arrojar-se de bruces sobre la playa negra»...

No falta tampoco en la novela, el amor entre la juventud angustiada que lucha contra la realidad sin jamás entregarse por completo. Un romance pequeño, engrandecido por la imaginación del personaje central, crece, se desarrolla y muere ante nuestros ojos maravillados.

Pero el *leit motiv* es otro. Lo constituye el gritar espantoso del sargento. Los ejercicios repetidos y repetidos hasta el agotamiento y la fatiga; la injusticia y la mofa cruel del superior ocasional, la impotencia del espíritu para la rebelión y la libertad.

Hay en la novela que comentamos escenas de un dramatismo pocas veces conseguido en nuestra literatura. Está así la que se desprende de la orden dada por Neira de matar unos pobres perros enfermos. Orden que deben ejecutar, justamente, los conscriptos más sensibles, los que aman la belleza y odian la bru-

talidad. Y deben cumplirla aunque sus almas se rompan y el sentimiento les quite el aliento.

«Por fin lo he matado. A mis pies yace el pequeño cadáver con las patas rígidas, magullado por los golpes. Y sin poder evitarlo siento que mis ojos se humedecen, me siento ridículo y manchado, como si todo el regimiento fuera testigo de mi infamia, de este ultraje a la naturaleza»...

Novela cruda y realista. «El Purgatorio» constituye un aporte serio a la literatura patria. Desde luego su tema no había sido tratado con la hondura que lo hace Gonzalo Drago ni desde el ángulo de varonil protesta elegido por el autor de «Cobre».

Todos sus personajes transitan por el libro con la verdad de seres vivos, existentes, humanos, que se contradicen en sus acciones y se lamentan de la injusticia con voces chilenas de genuino raigambre.

Con «El Purgatorio», Gonzalo Drago entra a formar en los cuadros elegidos de los novelistas del país.—
RAÚL GONZÁLEZ LABBÉ.

Rancagua, Septiembre del 51.



LUCÍA EDWARDS Y UNA GENERACIÓN POÉTICA, por
Hugo Lazo Jarpa

Asombraba tiempo atrás a Ricardo Latcham el florecer del relato literario en Chile, que vitalizaba cada vez más el cuerpo intelectual del país. Citaba aquel agudo crítico, como prueba de ello, una producción anual en la prosa, tan abundante, que era motivo de orgullo. Los artistas nuestros vertían su